

DÉBORAH PRUDEN

La intuición es instantánea. Vivir también es improvisar. Hacer las tareas del día, por ejemplo: llenar el auto de cosas, después vaciarlo. Desordenar la mesa, ordenarla. Trato de imaginarme para qué sirve el blanco, pero es como preguntarse para qué sirve el espacio. Aunque el blanco, en los cuadros de Déborah, aparece último, en la escena final, cuando la acción se detuvo. Este blanco se ve grumoso, pulposo. Le pregunto qué tipo de blanco usa siempre, o si lo cambia. Pero no importa. Este fondo blanco que Déborah pinta al final, es como la capa de ruido que se le agrega a las tomas de sonido en las películas, para que la conversación entre los personajes tenga el sonido del lugar en el que están. Y es que realmente los actores estaban en el lugar, pero las voces quedan demasiado limpias en la toma de micrófono. Los ruidos de un ambiente tienen un grado de coordinación, pero hace falta otro micrófono para escucharlos. Con la pintura pasa algo así.

¿Y las luces que se prenden en un lugar en penumbras: la pantalla de un teléfono, el ascensor, la ventana? Las luces llegan desde distintas direcciones. Las películas de Fassbinder, cuando era chico, me impresionaban por esa iluminación mezcla de calle, pasillo, mesa de luz. Una iluminación de neón. En muchos cuadros de Déborah, el color hace ese papel: la sombra de una luz cruzada cae en diagonal en el plano. En el espacio. Pero la luz no produce sombra, ni resultados. El color es un actor que se mantiene al borde del escenario. Los ángulos, los cruces, los círculos, siempre indican un volumen, una promesa de tridimensionalidad. Pero es una tercera dimensión que surge y se desvanece. Tampoco hay distancias, o gravedad. De las cosas solo queda un perfil, como si la luz las tocara y pasaran a ser otras: cómo se ve la biblioteca, como queda una cosa casualmente detrás de otra.

Todos estamos dentro del fondo blanco y espumoso del espacio. Con más o menos desorientación. La "historia insular" es un concepto de la teoría que se lleva bien con situaciones de mucho vacío (o vaciamiento) de la identidad: mucha gente tiene una experiencia borrosa o ausente de la colonización, una experiencia llena de lagunas, pero con marcas sueltas de continuidad. Esa experiencia a veces no es compatible, o no encaja bien, en el relato lineal de la historia. El arte también pueden llevar a una experiencia del tiempo atravesada por lagunas y blancos. Que no importe lo que quedó atrás, o qué día es.

Pero volvamos al neón entonces: Fassbinder recordaba el dadaísmo cuando pensó en esos interiores cruzados por luces. Es como si le hubiera querido hacer un homenaje a Hannah Hoch. Un homenaje de neón. El neón de Déborah es un pastel de óleo, parecido a un crayón, que compró en un viaje. Y el espacio, que cada día se presenta estirado y completamente libre de ideas preconcebidas, es la tela tensa y pintada en seco, y que desaparece en la pared.

Claudio Iglesias.